

**La Primera Revolución
Popular en América
Paraguay 1810-1840**



Richard Alan White

Prólogo de León Pomer

Sobre este libro

Este libro es el producto de cinco años de laboriosas investigaciones en repositorios documentales de Argentina, Brasil, España y Paraguay. Su autor, un distinguido estudioso norteamericano, ha producido el más completo y desapasionado estudio hasta hoy publicado sobre el Paraguay gobernado por José Gaspar Rodríguez de Francia.

Índice

[Sobre este libro](#)

[La primera revolución popular en América](#)

[Richard Alan White](#)

[Agradecimientos](#)

[Introducción](#)

[Parte 1](#)

[La tradición colonial](#)

[I. La dependencia colonial clásica](#)

[II. La incorporación de las misiones](#)

[Parte 2](#)

[El proceso revolucionario](#)

[III. Enfrentando a las metrópolis](#)

[IV. De la colonia a la República](#)

[V. El establecimiento de la dictadura popular](#)

[VI. La consolidación del primer régimen popular de América Latina](#)

[VII. El Paraguay popular](#)

[Parte 3](#)

[La lucha por la autonomía](#)

[VIII. La válvula de escape comercial](#)

[IX. La economía de la independencia](#)

[Conclusión](#)

[Cronología](#)

[Abreviaciones](#)

[Apéndice A](#)

[Apéndice B](#)

[Apéndice C](#)

[Apéndice D](#)

[Apéndice E](#)

[Apéndice F](#)

[Apéndice G](#)

[Apéndice H](#)

[Apéndice I](#)

[Bibliografía](#)

White, Richard Alan

La primera revolución popular en América : Paraguay 1810-1840 / Richard Alan White. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Punto de Encuentro, 2021.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-987-4465-45-0

1. Historia de América del Sur. 2. Paraguay. 3. Revoluciones. I. Título.

CDD 989.2

© Punto de Encuentro 2021

Av. de Mayo 1110

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

(54-11) 3382-1630

Buenos Aires, Argentina

Edición y corrección: Luz Azcona

Diagramación y armado: Cutral servicios editoriales

Diseño de tapa: Felipe Ibáñez

Coversión a ePub: Daniel Maldonado

www.puntoed.com.ar

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Impreso en Argentina. *Printed in Argentina*

Reservados todos los derechos, incluso el de reproducción en todo o en parte, en cualquier forma.

Richard Alan White

La primera revolución popular en América

Paraguay (1810-1840)



PUNTO_{DE}ENCUENTRO

Al pueblo paraguayo de entonces, de hoy y de siempre...

Richard Alan White

El libro que usted, lector, tiene en sus manos, es el producto de cinco años de laboriosas investigaciones en repositorios documentales de Argentina, Brasil, España y Paraguay. Su autor, un distinguido estudioso norteamericano, ha producido el más completo y desapasionado estudio hasta hoy publicado sobre el Paraguay gobernado por José Gaspar Rodríguez de Francia.

Gran parte de la historiografía disponible toma posición en contra o a favor de Francia, con profusión de adjetivos que acarrearán denigración o elogio. A muchos años de desaparecido, el personaje continúa despertando pasiones que no comulgan con una elemental objetividad. Richard ha tenido que introducirse en un verdadero campo minado y lo ha hecho con las mejores artes del historiador, dando voz y elaborando una multitud de documentos pacientemente recogidos, transcribiendo y elaborando cuadros, estadísticas y todo aquello que eche luces más objetivas sobre un tiempo fundacional del país guaraní.

La historia del Paraguay no es ajena al interés de los argentinos preocupados por entender su propio país, al que el Paraguay estuvo y sigue estando vinculado, hoy en los marcos del Mercosur. Ejemplo de nuestro interés pueden ser las razones de las derrotas sufridas por el general Belgrano en los días inaugurales del proceso independentista de las colonias españolas, y el cambio de actitud del prócer cuando entró en contacto con aquella realidad, así como el temprano autonomismo del país guaraní y la tragedia conocida como la Guerra del Paraguay

o de la Triple Alianza. Este acontecimiento, que condujo al casi exterminio del pueblo paraguayo, canceló brutalmente la revolución francista mediante una drástica reformulación en todas las estructuras del país. Esa que llamaré de revolución negativa, proyecta sus resonancias hasta los días actuales, y está estrechamente vinculada a un momento capital de la historia argentina, como lo fue la formación del Estado nacional.

No son escasos los motivos para leer atentamente este libro, ya que pone en escena la gestación y el desarrollo de una autonomía, notable singularidad en el marco de un ex imperio en el que la norma fue lo opuesto, y porque sugiere una serie de problemas de notable relevancia para el estudioso y para el público que aspira a algo más sustancioso que un mero relato de hechos acontecidos.

Partiendo de la herencia colonial, el Paraguay gobernado por Francia sufrió una revolucionaria reformulación en todos los ámbitos de la economía, de la estructura social, de la política y de la cultura. El que Francia haya encabezado ese conjunto de transformaciones radicales supone el encuentro de un complejo de condiciones objetivas y subjetivas -en términos populares- aun no lo suficientemente esclarecidas, con el talento, la voluntad política y el ideario de un personaje memorable.

La revolución que surge del libro de Richard no es un mero cambio cosmético de gobierno o una de las divulgadas acepciones utilizadas por dictaduras, que bastardean el significado de la palabra. La revolución paraguaya, radicalmente transformadora como la francesa y la rusa, fue muy distinta de aquellas. Y es en lo distinto -que no me apresuro a calificar de burgués o algo por el estilo- donde radica lo que considero un apasionante problema histórico.

A diferencia de las citadas, con la salvedad de lo que puedan revelar ulteriores y más minuciosas investigaciones, la gran transformación se produce en el país guaraní sin una vanguardia revolucionaria, sin una previa teoría o preparación cultural a cargo de una elite intelectual, sin una intensa y ruidosa demanda popular. El que un individuo haya podido realizar lo que relata Richard, a favor de condiciones sin duda existentes que deberán ser puntualmente estudiadas, más las que su acción previa y durante el proceso revolucionario supieron potenciar, desafía las imágenes de revolución que nos han legado las arriba mencionadas.

Agréguese la absoluta y celosa voluntad autonómica -otra relevante singularidad- en relación con las potencias rectoras en el orden mundial y los vecinos del que fuera virreinato del Río de la Plata y Brasil. Y en tercer lugar, en congruencia con los rasgos anteriores, otro elemento distintivo de aquella historia es la construcción de un Estado nacional basado en la identidad histórica y cultural del pueblo; construcción absolutamente original por las fuerzas actuantes, por la ausencia de una clase burguesa presente en mayor o menor medida en los procesos europeos.

Acrecentaré que aquel Estado asumió un papel protagónico en todos los órdenes de la vida del país que el liberalismo de la época consideró una aberración y calificó de barbarie, prefiguración de los denuestos del hoy llamado neoliberalismo.

De lo anterior se sigue que el libro de Richard propone un conjunto de problemas que dignifican la tarea del estudioso y la elevan a un nivel que si no prescinde del conocimiento fáctico, que debe ser ahondado, se eleva cualitativamente. La historia deviene un conjunto de problemas específicos, renuentes a esquemas

preconcebidos y a juicios apresurados; quebradero de cabeza, si se quiere, que pide una conceptualización original cuando es comparada con la utilizada -aunque no exenta de reparos- en el estudio de las otras regiones del antiguo imperio español. El abordaje del período de que Richard da cuenta exige desprejuicio e imaginación. Y no en último término, una vasta reflexión sobre la creatividad de los pueblos y su enfrentarse con un linaje de intereses radicalmente antagónicos.

León Pomer

Agradecimientos

En reconocimiento de mi gratitud a las personas e instituciones que han contribuido con su apoyo moral, académico, técnico y financiero durante los cinco años insumidos en la preparación de esta obra, debo especial gratitud a Lewis Hanke, quien me hizo conocer la trayectoria del Dr. Gaspar Rodríguez De Francia; a Robert N. Burr por sus muchos años de tolerante guía y apoyo incondicional; al personal del archivo de Indias (Sevilla, España), del Archivo General de la Nación y Museo Mitre (Buenos Aires, Argentina), del Archivo General de la Provincia de Corrientes (Argentina) y a la Biblioteca Nacional (Río de Janeiro, Brasil), por su asistencia profesional y amistosa; a la Comisión Fulbright, University of California Regents Patent Fund, el Departamento de Historia, a la Biblioteca de Investigación y a la Sección de Becas de Graduación y Asistencia de la Universidad de California, por los años de apoyo financiero, técnico y moral que me proporcionaron generosamente; a Hipólito Sánchez Quell quien, durante 1972 y 1973, gentilmente me abrió el Archivo Nacional de Asunción, aun cuando estaba oficialmente cerrado por extensas refacciones, y a Vicente Laguardia y Rubén Pérez, junto a los demás miembros del personal del archivo, quienes, con paciencia profesional y cordialidad extraordinaria, facilitaron la investigación; a María Cristina Montano, por su asistencia en la investigación del archivo y su firme camaradería; a Efraím Cardozo, Víctor Chamorro N., Julio César Chávez, Adriano Irala Burgos, R. Antonio Ramos y José Antonio Vázquez, por

sus muchas horas de consulta profesional; a Roberto S. Thompson por su asistencia técnica y cesión de oficina en el edificio del diario abc (Asunción); a John Michon y Robert D. Poitras por su amplia asistencia técnica durante todas las fases de esta obra; a Juan Andrés Cardozo, Kenneth Cloke, Waldo Mazelis, Mario Savio, Alexander Saxton, Allyn Sindenbrand, y James Wilkie por sus extremadamente útiles críticas y sugerencias; a Johnatan Cobb por la corrección del manuscrito; a Michele Burgess por el tipeado del manuscrito; a Celso Aurelio Brizuela por la preparación de los mapas y gráficos; a Joel Filártiga, por contribuir con la ilustración; a Domingo Laíno por sus años de asesoría profesional y asistencia técnica; a E. Bradford Burns por su estímulo y asistencia en la publicación de la obra; y a Henri J. M. Nouwen por su amistad y confianza.

Sin tener en cuenta estas enormes contribuciones, sin las cuales esta obra ciertamente no habría podido concluirse, el autor acepta plena responsabilidad por todas las traducciones y cualquier defecto conceptual o histórico.



Mapa 1. América del Sur

Introducción

Las instituciones políticas y económicas que gobernaron la América española durante la era colonial, fueron establecidas para enriquecer a España, no para promover la prosperidad de América. El oro y la plata del Nuevo Mundo, así como otros productos americanos, solventaron siglos de participación española en las luchas por el poder en Europa. La España propiamente dicha, sin embargo, era una colonia económica de los países más industrializados de Europa. En consecuencia, para cubrir su déficit crónico en la balanza de pagos, gastó la mayoría de sus riquezas provenientes del Nuevo Mundo en artículos manufacturados importados. De este modo, la riqueza de la América española sirvió en último término para financiar la industrialización de las naciones europeas del Norte. Al lograr la independencia y romper sus vínculos políticos y económicos con España, las nacientes naciones latinoamericanas desplazaron su dependencia económica hacia otras naciones de Europa más industrializadas, iniciando con ello la era neocolonial.

Con su nuevo status político y económico, la estructura social de América también sufrió un cambio. Sin alterar la tradicional estructura de poder de la sociedad de clases de las anteriores colonias, la oligarquía criolla nativa asumió la posición dominante, reemplazando a los españoles en la cúspide de la pirámide social. Este cambio en el lugar de privilegio y poder fue la principal modificación generada por las guerras de independencia. No obstante, las condiciones básicas de vida para la vasta mayoría de los

latinoamericanos permanecieron iguales: solo cambiaron los amos.

Esta transferencia de poder no fue un cambio ordenado o pasivo de la guardia social, y en ningún lugar de toda América Latina tuvo un curso tan sangriento, complejo y prolongado como en la región del Río de la Plata (mapa 2). Durante casi setenta años (1811-80), el área que abarcaba el antiguo Virreinato español -actualmente Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay- fue escenario de intermitentes conflictos armados entre grupos americanos rivales. Tras la derrota relativamente rápida de los españoles en la región, la solidaridad criolla se quebró. A pesar que el resultado de la lucha contra los españoles no se decidiría de forma concluyente hasta pasada una década, el conflicto de poder entre las facciones criollas rivales en el Río de la Plata fue vigoroso, incluso en el período inicial, y estalló en guerra civil después de 1814.

Las raíces del conflicto radicaban en la geografía del área y en la economía política del imperio colonial español. Al desembocar en el Río de la Plata y encontrarse allí con el océano Atlántico, los ríos Paraná, Paraguay y Uruguay forman un solo puerto de entrada, que ejerce el dominio de todo el sistema fluvial y, por consiguiente, del acceso a lo que entonces eran las provincias españolas y portuguesas del interior. Desde la Conquista hasta el siglo XIX, los dos imperios confrontaban de forma periódica y violenta sobre el dominio del puerto. Hasta que la Guerra Cisplatina (1825-28), que dio por resultado la creación del estado neutral del Uruguay, puso término a los reclamos brasileños.

La dominación del puerto, en detrimento de las provincias río arriba, también fue el punto principal de conflicto entre los habitantes españoles de la región. Para garantizar el acceso del interior al mar, una expedición

desde Asunción fundó nuevamente en 1580 el puerto abandonado de Buenos Aires. Sin embargo, después de solo cuatro décadas la Corona Española ordenó su cierre, y se cedió a la presión de la poderosa corporación que caracterizó la historia nacional de Argentina de la primera época.

El Paraguay constituye la única excepción en este período plagado de conflictos en la historia de la región (mapa 3). Bajo el liderazgo del Dr. José Gaspar Rodríguez de Francia, este país no solo mantuvo neutralidad absoluta en la sangrienta lucha por el poder en el Río de la Plata, sino que, aferrándose a la independencia política y económica puso en práctica una verdadera revolución social radical. Los notables logros del régimen popular no deberían ser considerados como anécdotas de la vida de este 'gran hombre' histórico, pero sin duda Francia desempeñó un papel central en la profunda transformación del Paraguay.

Nacido el 6 de enero de 1766, Francia comenzó su educación en su hogar. Luego fue a la Universidad de Córdoba, graduándose en 1785 como Licenciado en Filosofía y Doctor en Teología. Mientras estuvo en la Universidad, dirigida por franciscanos tolerantes desde la expulsión de los jesuitas en 1767, no solo estudió a filósofos y teólogos tradicionales, sino que también se familiarizó con las corrientes ideológicas revolucionarias europeas y norteamericanas de la época. La educación de Francia abarcó los conceptos ontológicos de San Anselmo y el 'contrato social' de Rousseau, el moralismo de Santo Tomás de Aquino y el pragmatismo de Benjamín Franklin. Sus estudios universitarios y la profunda influencia de la Ilustración, la Revolución norteamericana y la revuelta popular de Túpac Amaru II en Perú, contribuyeron a la formación de su filosofía radical. Como buen idealista, Francia consideraba el mundo a su alrededor en términos

absolutos, juzgando situaciones y personas como correctas o equivocadas, buenas o malas.

A su regreso al Paraguay poco después de la graduación, el joven doctor en Teología comenzó a enseñar Latín en el Seminario de San Carlos, pero fue obligado a renunciar años más tarde, luego de una agria discusión sobre sus ideas religiosas y políticas radicales. Después de enseñar Derecho español, Francia se embarcó en una carrera jurídica que le ganó respeto en toda Asunción. Hablaba guaraní con fluidez y se hizo amigo de los peones paraguayos, para quienes se convirtió en protector y héroe. A los más pobres les pedía honorarios reducidos, o nada, mientras que recibía considerables sumas de sus clientes solventes, como bien observó John Parish Robertson. “Su integridad sin temores le ganó el respeto de todas las partes. Jamás defendía una causa injusta, estando siempre dispuesto a tomar la parte del pobre y el débil contra el rico y el poderoso”.¹

A pesar de haber sido electo Dictador por los enormes congresos representativos de 1814 y 1816, durante sus años en el poder Francia evitó el personalismo típico de las dictaduras. Con la única excepción de Villa Franca - fundada a mediados de la década de 1820 con ayuda de Francia, después que las inundaciones obligaran a los habitantes de Villa de Remolinos a abandonar sus hogares-,² no permitió que una sola población, barrio, calle, edificio, estatua o moneda fuera dedicada a su honor. De modo similar, rompiendo una tradición de larga data, se rehusó a aceptar obsequios de ningún tipo.³ Esta política tuvo un impacto tan vigoroso sobre el pueblo, que más de veinte años después de la muerte de Francia, un número de ancianos la recordaba vívidamente:

El 6 de enero de 1817, con motivo del cumpleaños del Dictador, se le ofreció una recepción [que fue] obviamente más importante que en cualquier otro año. Sin embargo, él no aceptó ningún obsequio, sosteniendo que era necesario abolir esa corrupta práctica española, que conducía a imponer una obligación al pobre, que a menudo debía hacer un sacrificio para seguir la misma.[4](#)

Otro contemporáneo resumió este aspecto del carácter de Francia: “su fortuna privada no se incrementó por su elevación, jamás aceptó un obsequio y su sueldo siempre está atrasado, sus mayores enemigos le hacen justicia sobre estos puntos”.[5](#)

La incorruptible honestidad de Francia, en particular durante su mando como dictador se hizo proverbial. Evitando la acumulación de cualquier riqueza o bienes personales substanciales, vivió una vida modesta y semiretraída de soltero, con una fracción del sueldo que le fue establecido por los congresos populares. Además, como Francia no dejó herederos, a su muerte el 20 de septiembre de 1840, la totalidad de sus pertenencias, de acuerdo a las leyes que él mismo había promulgado, fueron automáticamente confiscadas por el Estado.[6](#)

No sorprende que la política radical, popular y nacionalista se enfrentara con una creciente oposición interna y externa. Los ataques combinados de unitarios y federales devastaron el comercio paraguayo, sirviendo como catalizadores para la desastrosa Gran Conspiración de 1820 que derrocó el régimen popular por las élites paraguayas, cuya posición privilegiada descansaba sobre la economía de exportación de monocultivos de la nación. En efecto, la revolución paraguaya sustrajo a toda la clase superior, tanto española como criolla, sus tradicionales bases sociales, políticas y económicas de poder. Al designar

a nuevos funcionarios de entre la gente común, Francia no permitió a las élites ejercer cargos gubernamentales o militares impidiéndoles tener poder directo, y usó un sistema de multas y confiscaciones para negarles el poder menos directo, aunque eficaz, que otorga el dinero.

Junto con la abolición del Consejo Gobernante Municipal de la élite (Cabildo), el régimen revolucionario controló a la iglesia y sus instituciones auxiliares. Proscribió las fraternidades eclesiásticas, cerró sus monasterios y confiscó sus bienes raíces. Al anular las donaciones reales de tierras y confiscar la propiedad de los conspiradores de las clases sociales altas, Francia promulgó una profunda reforma agraria que abolió el tradicional sistema de tenencia latifundista de la tierra. Para la fecha del fallecimiento del Dictador en 1840, más de la mitad de la rica región central del Paraguay había sido nacionalizada, se habían creado numerosas estancias estatales y decenas de millares de personas tenían granjas arrendadas del Estado. El sector privado de la economía tuvo que competir con el gobierno que, al reducir los impuestos a un mínimo, recibía la mayor parte de sus ingresos de la venta de artículos importados, ganado y productos manufacturados por el Estado. Además, el Estado controlaba en forma completa el comercio internacional a través de su masiva participación y un sistema estrictamente aplicado de permisos de comercio.

Debido a que Francia atacó los intereses de las élites nacionales e internacionales -la clase que escribió la historia del Paraguay-, se lo consideró tradicionalmente el prototipo del tirano despótico. Como el más infame de los dictadores latinoamericanos, Francia fue descrito como un potentado adusto y sombrío, un déspota cruel con una avidez insaciable por el poder, o bien como un monstruo vil; los años de su gobierno se conocen comúnmente como el

'Reino del Terror de Francia'. Al buscar una explicación racional para los actos al parecer irracionales de este 'Nerón moderno', los historiadores tradicionales raramente han omitido cuestionar su salud mental; algunos solo lo consideraron insano, mientras que otros, en la búsqueda de explicaciones más específicas, alegaron que el viento del norte -el viento caluroso y húmedo que sopla del Mato Grosso durante los meses de verano de diciembre, enero y febrero- ejercieron profunda influencia sobre el Dictador. Presentado como un déspota sádico y arbitrario, sin preocupación por los dinámicos movimientos libertarios que barrían a América Latina, Francia es acusada de haber aislado herméticamente al Paraguay para imponer mejor su tiranía sobre una nación intimidada.

Estas interpretaciones tradicionales provienen de varias fuentes contemporáneas, que sirven como base de la totalidad de obras secundarias y proceden de la intensa campaña de propaganda conducida por los decepcionados oponentes de las clases altas paraguayas y argentinas al nacionalismo radical y a la política de neutralidad de Francia. El primero de estos relatos, *The Reign of Doctor Joseph Gaspar Roderick de Francia*, de Johann Rudolph Rengger, aparte de su desprecio por Francia y las masas de paraguayos que lo apoyaban, es tan objetivo como puede serlo un extranjero de clase alta atrapado en el medio de una revolución popular. Este médico suizo y su asociada, Marceline Longchamps, investigaron de 1819 a 1825 la historia natural del Paraguay. Durante los últimos cuatro años de su residencia, un período de crisis nacional, Francia se rehusó a permitirles que abandonaran el país.

Otra fuente primaria principal es la obra de John Parish Robertson y su hermano William Parish Robertson, *Four years in Paraguay: Comprising an Account of that Republic under the government of the Dictador Francia*, volúmenes I

y II, y el volumen III “Francia’s Reign of Terror: Being the Continuation of Letters on Paraguay”. Estos dos comerciantes aventureros escoceses llegaron al Paraguay en 1812 con planes de hacer fortuna, creando una compañía de comercio entre Asunción y Buenos Aires. La introducción de artículos manufacturados británicos y el entusiasta apoyo de los movimientos de independencia de América Latina por parte de Inglaterra, en gran medida con intención de asumir la herencia de las antiguas colonias ibéricas en calidad de dependencias económicas, fue en general atractiva para los paraguayos anticolonialistas. En consecuencia, los primeros gobiernos del Paraguay, esperando poder utilizar el prestigio y el poderío naval británico para garantizar la libre navegación del Río de la Plata, otorgaron tratamiento preferencial a los Robertson. Sin embargo, en 1815, después de un incidente que afectó la representación de los comerciantes escoceses ante el gobierno porteño, el cual puso de manifiesto que Inglaterra no garantizaría el libre paso de buques por el río controlado por Buenos Aires, Francia los expulsó, poniendo fin a su lucrativo negocio.

Es típico de la propaganda anti-Francia que se lanzaba sin pausa desde Buenos Aires durante los años del Dictador como jefe de estado, el panfleto de Fray Mariano Velazco, *Proclamation of a Paraguayan to His Countrymen (Proclama de un Paraguayo a sus Paisanos)*. Esta publicación del gobierno de Buenos Aires caracterizó a Francia por su “genio hipocóndrico y atrabiliado, corazón lleno de amargura y de hiel, espíritu egoísta, pensamientos caníbales, ideas tortuosas, engreimiento sin ejemplar, audacia insufrible [y] operaciones maquiavelísticas”.⁷

De mayor significación en la formación de la opinión pública anti-Francia que estos pocos panfletos, fue la campaña emprendida en diarios de Buenos Aires, tales

como *El Tribuno*, de donde se toma la siguiente cita del 15 de octubre de 1826:

Si el Dictador Francia merece algún perdón, es por la vigilancia con que tiene encerrado al Protector Don José Artigas -el anterior líder de la causa federal contra los porteños-. Sin embargo, la humanidad ganaría mucho, si algún ángel exterminador purgase la tierra, libertándola de estos dos monstruos.⁸

Además, periódicamente corrían por Europa las más increíbles e infundadas versiones concernientes a Francia. El primer libro publicado sobre los eventos de la revolución paraguaya, de acuerdo a su título, fue escrito “por una persona que fue testigo de muchos de ellos y obtuvo información auténtica con respecto al resto”. Este informe ‘auténtico’ omitía incluso indicar correctamente el nombre de Francia, refiriéndose al Dictador como “Dr. Tomás Francia”.⁹ La prensa europea gustaba de entretener a sus lectores con relatos sensacionalistas sobre Francia y el exótico Paraguay. En un ejemplo típico de 1835, periódicos en todo el continente, incluyendo el *Memorial Bordelais* y *L’Echo du Midi*, publicaron este artículo falso:

“La joven Reina del Paraguay”: El muy conocido Dr. Francia, a la edad de 65 [en realidad, Francia en esta época tenía 69 años], el excéntrico anciano que ha gobernado despóticamente el Paraguay desde la emancipación de América, acaba de casarse con una joven francesa, la hija de Monsieur Durand, un comerciante de Bayona. Se estipula en el contrato matrimonial que la joven esposa sería la sucesora de la autoridad política de su marido en caso de muerte de este, sin dejar un heredero directo o legítimo. Es muy probable, por consiguiente, que una francesa algún día

llegara a gobernar una de las provincias más ricas y hermosas de América del Sur.[10](#)

Hacia fines de la década de 1830, Francia se había vuelto tan conocido para el público lector europeo que Charles Darwin, en sus comentarios sobre la historia geológica y natural del Río de la Plata, se sintió obligado a censurar al villano. Pese a que jamás había visitado el Paraguay, el joven Darwin no pudo resistir la oportunidad de incluir medio párrafo en su obra *The Voyage of the Beagle*, prediciendo sin acierto que “cuando el viejo tirano sanguinario se haya ido después de su larga trayectoria, el Paraguay se desgarrará en revoluciones, violentas en proporción a la calma innatural anterior”.[11](#)

Debe señalarse que incluso los volúmenes mejor substanciados de Rengger y los hermanos Robertson, no son obras históricas propiamente dichas; más bien son relatos personales, orientados sobre todo a captar el interés del público lector europeo.[12](#) Lamentablemente, los historiadores han aceptado sin críticas estas obras como fuentes primarias de la historia paraguaya. No obstante, si se leen con precaución Rengger y los Robertson proporcionan un gran volumen de información valiosa.

La obra de Enrique Wisner de Morgenstern, *El Dictador del Paraguay: Doctor José Gaspar Rodríguez de Francia*,[13](#) también merece mención como fuente importante de información. Comisionado por el Presidente Francisco Solano López en 1863 para escribir una historia de la era de Francia, Wisner realizó extensas entrevistas y completó un borrador al año siguiente. Sin embargo, debido a su muerte y al caos de la Guerra de la Triple Alianza (1864-70), el manuscrito no fue corregido hasta 1876 y no fue publicado sino en 1923. A pesar de que la de Wisner es con creces la más objetiva de las primeras obras, contiene

errores de hecho de menor cuantía y refleja la airada polémica que estalló poco después de la muerte de Francia.

Reflejando el masivo apoyo a Francia, poemas populares, canciones y escritos alababan al Dictador y su régimen.¹⁴ La obra de más amplia circulación de la literatura francista, la oración fúnebre del Padre Manuel Antonio Pérez,¹⁵ fue publicada en todos los diarios del Plata y traducida para lectores europeos. Mientras los francistas alababan al Dictador como “el salvador que suscitó el Señor para liberar al pueblo paraguayo de sus enemigos”,¹⁶ no igualó en intensidad o eficacia la campaña anti-francista conducida por la vieja oligarquía paraguaya. En apariencia, algunos miembros de la oligarquía no estaban contentos con los ataques históricos a la memoria de su archienemigo; algunos meses después de la muerte de Francia, su cuerpo fue robado de la Catedral de Asunción y desde entonces no ha sido encontrado.¹⁷

Los enemigos de Francia creyeron incluso necesario anotar sus ataques en registros oficiales universitarios. En una letra desconocida, sin fecha ni firma, los siguientes comentarios fueron agregados a su asiento:

Francia: fue después presidente de la República del Paraguay y muy atroz tirano que ha ensangrentado la historia de aquel país con escándalo del mundo entero. Ha sido un monstruo que ha desgarrado las entrañas de su patria.¹⁸

El odio de la oligarquía a Francia pasó a través de las generaciones y permanece siendo el objeto de encendidas discusiones emocionales. Hasta la fecha es imposible sostener un debate racional sobre Francia con muchos de los descendientes de la antigua clase superior del Paraguay.

Una figura tan dinámica como la de Francia también atrajo a algunos defensores. En un ensayo escrito a mediados de la década de 1840, Thomas Carlyle lo alabó como hombre fuerte y determinado de América Latina, que impuso orden a una era tumultuosa, repleta de violentas contradicciones sociales.¹⁹ En la siguiente década, Auguste Comte, colocándolo junto a otros grandes revolucionarios americanos como Benjamín Franklin, Bolívar y Toussaint-L'Ouverture, dedicó un día en su calendario positivista a Francia.²⁰

En nuestro siglo, a pesar de la aparición ocasional de obras que tratan de reivindicar a Francia,²¹ la corriente francista permanece como interpretación minoritaria. Incluso la voluminosa obra estudiosa de Julio César Chaves, y el compendio de centenares de documentos de fuente primaria, brillantemente presentado con una narración entrelazada de José Antonio Vázquez, ha tenido poco efecto para hacer mella en la odiosa reputación de Francia. Los mitos sobre Francia se han aceptado tan ampliamente, que incluso el progresivo Pablo Neruda se sintió obligado a denunciarlo como 'rey leproso' en su corto poema *El Doctor Francia*.²² Desde libros de texto básicos de historia latinoamericana a obras literarias, los historiadores aún propagan la imagen tradicionalmente aceptada de Francia.²³ Típico de esta actitud es el siguiente pasaje de la introducción de Wayne G. Broehl de 1967 a la novela clásica de Edward Lucas White, *El Supremo*:

Un hombre cuyo nombre ni siquiera debía ser pronunciado; cuyos espías estaban en todas partes, aún dentro de las familias; quien enviaba a los hombres a la mazmorra o a la 'Cámara de la Verdad' donde la tortura extraía una confesión y luego la víctima era sumariamente ejecutada por el escuadrón de

fusilamiento o ahorcada -tal hombre era 'El Supremo'. Este no es un personaje salido de una novela de terror, sino una persona real, un Jefe de Estado Sudamericano. Su nombre era José Gaspar Rodríguez de Francia.[24](#)

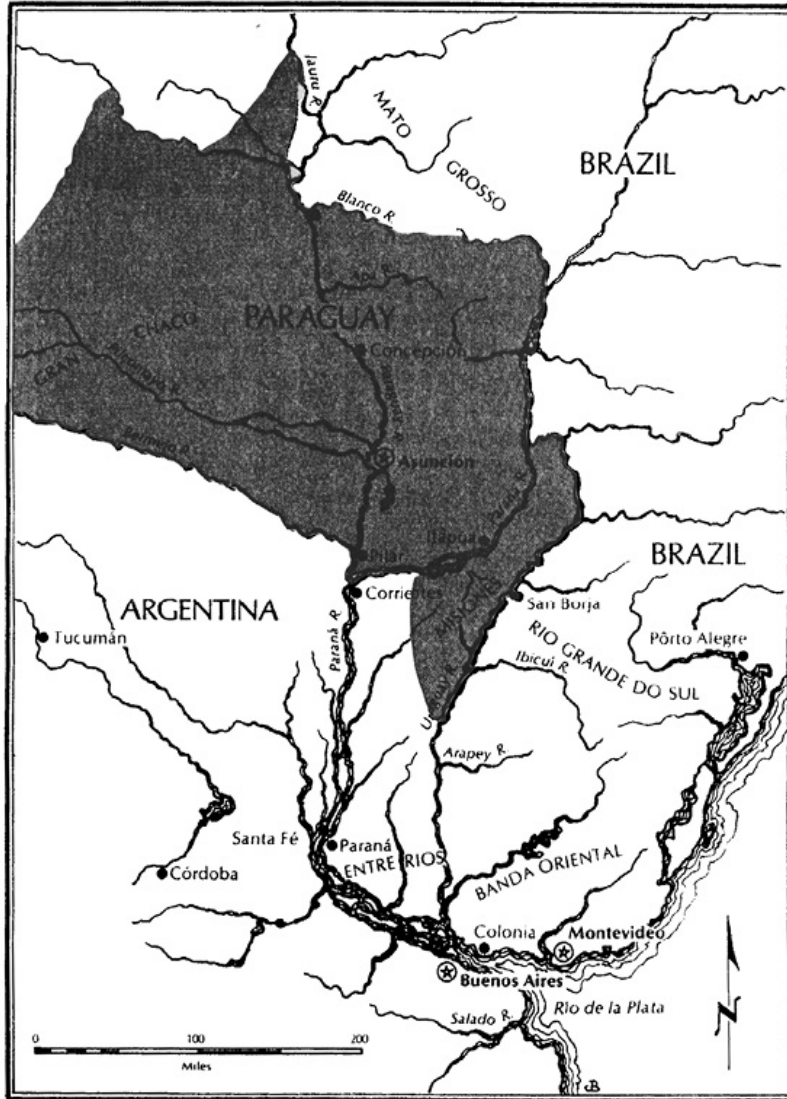
Adicionalmente a la tradición histórica personalista de América Latina, la historiografía de este período se complica todavía más por una confusión entre la forma retórica y el contenido histórico. Tratando de desacreditar el régimen de Francia y, con ello, de apoyar su propia posición, sus enemigos han usado el medio retórico de atacar su carácter. Dado que los historiadores han aceptado estos ataques demagógicos como historia en vez de reconocerlos como diatribas, incluso las obras posteriores atacan o defienden a Francia, en lugar de proporcionar un análisis objetivo de la historia de la época. Es significativo que las razones originales de la disputa -la política de Francia- sean relegadas a un plano secundario.

El objeto de esta obra no es Francia propiamente, ni reivindicar al Dictador. Se trata, más bien, de restaurar el contexto histórico de este período de la historia paraguaya -un capítulo de singular importancia en la historia de las Américas, directamente relevante para los problemas que confrontan sus habitantes en la actualidad.

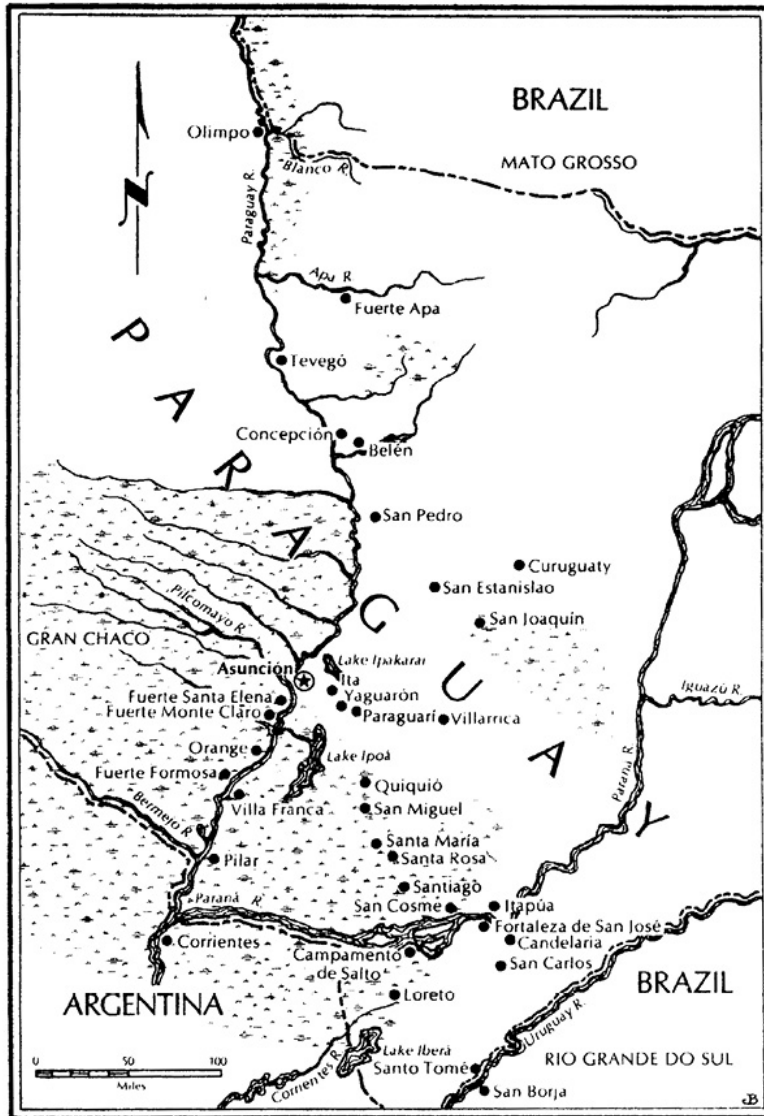
Cinco años de estudio e investigación en los archivos del Paraguay, España, Argentina y Brasil han descubierto nueva documentación y permitido el desarrollo de información estadística, antes descuidada, mediante la reconstrucción de los presupuestos nacionales, la compilación de recibos de recaudación, el examen de datos referentes a industrias estatales y el análisis de los registros comerciales del Estado.

Mediante la incorporación de este nuevo material, y de una reevaluación de la documentación existente, ha sido

posible definir con claridad la política de Francia y colocarla en su contexto histórico -las fuerzas políticas y económicas que imperaban en la sociedad paraguaya de comienzos del siglo XVIII y en la región del Río de la Plata. Externamente, los conflictos entre los grupos de intereses españoles, portugueses y europeos, brasileños, unitarios, federales y paraguayos, se combinaron para forjar las cambiantes estructuras políticas y económicas de la región. En el ámbito interno, los conflictos entre españoles, criollos, extranjeros, Francia y el pueblo paraguayo, influenciados por los eventos internacionales en rápida evolución, reflejaron las condiciones de la sociedad de clases del Paraguay. Aunque en extremo compleja, esta confusión de interrelaciones se hace comprensible una vez que se identifican con claridad las bases políticas y económicas fundamentales de las fuerzas contendientes. El análisis de estas fuerzas es la historia de la primera revolución autónoma de América.



Mapa 2. Río de la Plata, 1810



Mapa 3. Paraguay

[1](#) John Parish Robertson y William Parish Robertson, *Four Years in Paraguay*, 2:189.

[2](#) José Antonio Vázquez, *El doctor Francia, visto y oído por sus contemporáneos*, p. 43.

[3](#) Debido a que la palabra dictador en la actualidad es fuertemente peyorativa, debe enfatizarse que a principios del siglo XIX no llevaba dicha connotación. El título se usaba en su sentido romano –un magistrado con suprema autoridad, electo en períodos de emergencia– y se otorgó a varios de los nuevos jefes de estado latinoamericanos, incluyendo a José de San Martín y Simón Bolívar. Esta